

LOS CELOS INCONSCIENTES

ANÁLISIS DE UN CASO DE IMPOTENCIA SEXUAL

Alberto Loschi

Introducción

El interés que suscitan los celos para nosotros -psicoanalistas- es que se trata de un afecto íntimamente vinculado a las vicisitudes centrales de la conflictiva edípica. Como afecto presenta a la conciencia un tono fuertemente displacentero; la vivencia de los celos es particularmente dolorosa. Uno de los elementos nucleares y que le da una cualidad característica al dolor de los celos es la disminución, más o menos importante, del sentimiento de sí (selbsgefühl). Esta actúa como una herida abierta que atrapa al celoso en una serie inagotable de cavilaciones y elucubraciones que intentan cerrar la herida pero, como la lengua que vuelve una y otra vez sobre la muela dolorida, lo único que logran es sostener y acentuar el sufrimiento de los celos. El carácter de esta ideación reverberante es variable de acuerdo a cuál sea el aspecto del sentimiento de sí que se vea más comprometido. Lo común es que

aparezcan ideas referidas al objeto infiel. Imagina escenas, que aunque sepa fantasiosas, hacen más aguda su tortura, como cuando Otelo piensa a Desdémona poseída y gozada por todos sus soldados. Otras veces, cual un detective, cree descubrir infidelidades, presentes y sobre todo pasadas, en los más pequeños indicios que en su momento pasaron inadvertidos. Las cavilaciones pueden también dirigirse sobre las cualidades del objeto infiel para denigrarlo, se trata de alguien ruin, un traidor que ha actuado mal y frente al cual se siente en pleno derecho de juzgarlo y condenarlo como un policía que ha pillado a un delincuente. Puede también sumirse en las más variadas e imaginativas ideas de venganza o fantasear actos que lleven al infiel a arrepentirse y reconocer lo ignominioso de su acción, compartiendo a partir de allí los criterios del celoso, quien puede entonces trocar su fracaso en un triunfo. Todas estas ideas denotan el fuerte compromiso del sentimiento de sí, siempre presente en los celos.

El sentimiento de sí, de acuerdo a Freud, se apoya en tres pilares: los residuos del narcisismo infantil, la omnipotencia confirmada por la experiencia y el retorno de libido en la gratificación objetal. Los tres

se hallan comprometidos en los celos. Cuando lo que domina es el 'factor objetal' las reacciones del celoso se acercan a las que ejemplificamos más arriba. Cuando el pilar que tambalea es el de la omnipotencia confirmada por la experiencia la reacción más inmediata será la furia con indignación frente al sentimiento inminente de un fracaso en la omnipotencia. La furia se acompaña con la decisión firme de rechazar tal fracaso. Si la infidelidad se confirma al infiel se lo hará desaparecer y con él desaparecerá también la injuria acontecida. En este caso un elemento dominante es confirmar la veracidad del hecho de lo cual encontramos, nuevamente en Otelo, un ejemplo admirable. En cambio cuando lo prioritario es 'el factor objetal' este elemento no reviste la misma importancia.

Otras veces lo que se derrumba son los residuos del narcisismo infantil, sucumbe 'his majesty the baby'. En tal caso la reacción suele ser melancólica y presentar las características de la misma. Puede también haber reacciones más automáticas y directas, despertándose angustias de muerte con vivencias de catástrofe.

Esta división, hecha a los fines expositivos, es útil desde el punto de vista clínico pero hay que tener en cuenta que siempre son los tres niveles los que están comprometidos. Son distintos matices con que se presenta la castración fálica.

Otro elemento a considerar, en la reacción que suscitan los celos, son las defensas que se ponen en juego. El pasaje al acto, con el homicidio o suicidio, ejemplifica bien los casos de crímenes pasionales. Estos episodios extremos revisten interés también por otros motivos. Como suele ocurrir, lo que aparece en el extremo de una serie muestra lo que ya está desde el origen. Podemos decir que el crimen, la violencia criminal, es uno de los elementos que hacen a la sustancia de los celos. El crimen no es consecuencia de los celos. El acto criminal está en la base de lo que a la conciencia se presenta como celos.

Otra defensa a considerar es la renegación. Nuevamente la literatura nos proporciona un buen ejemplo de la misma. Boubouroche (pieza de G. Courteline, citada por Rosset) ha instalado a su amante Adèle en un pequeño apartamento. Un vecino advierte a Boubouroche de

la traición cotidiana de que éste último es víctima: Adèle comparte el apartamento con un joven amante que se esconde en el armario cuando Boubouroche llega. Furioso, Boubouroche va hacia el armario, donde encuentra al amante escondido. Lleno de ira le pide explicaciones a Adèle, pero ésta se limita a reprochar a Boubouroche su conducta vulgar, agregando que a cualquier otro que hubiese sido menos grosero, con gusto le hubiera dado la explicación pertinente. Frente a eso, Boubouroche admite su error y después de hacerse perdonar por Adèle se vuelve contra el vecino llamándolo cornudo y acusándolo de calumniador. Aquí la renegación no es de los celos, sino que está al servicio de sostener la condición erótica; a Boubouroche lo excitaba ser cornudo. El erotismo se muestra así como otro ingrediente de los celos. Así como antes el crimen pasional nos mostraba el vínculo íntimo entre celos y acto criminal, ahora las perversiones nos muestran la relación íntima entre celos y erotismo.

Repasemos lo que en esta reflexión sobre los celos hemos podido colegir. Los celos determinan una importante disminución del

sentimiento de sí y a la vez están íntimamente vinculados al crimen y al erotismo, muerte y sexualidad.

El sentimiento de sí corresponde al narcisismo del yo. Muerte y sexualidad aluden a algo siempre extraño al yo. Es lo que hace sufrir al yo y que a la vez está en el núcleo de su deseo. El objeto de deseo erótico es fuente de placer pero también de sufrimiento. Hay, en el paso al deseo erótico, una fascinación fundamental por la muerte. El objeto erótico, el objeto amado, hace presente al yo lo que es del orden de la muerte y la sexualidad. De ahí la fascinación que alimenta al erotismo, en un delicado equilibrio siempre amenazado por los celos. Si no se puede poseer al objeto amado es frecuente desear su muerte, o la propia. Pero poseerlo también tiene el sentido de una muerte: así hablamos del acto sexual como de una posesión y del orgasmo como una *petite mort*. Si el yo es el terreno donde se da la experiencia de lo profano, muerte y sexualidad es el terreno donde se da la experiencia de lo sagrado, de lo trágico. Los celos es una forma de presentarse a la conciencia eso sagrado-trágico que está en la sustancia de la conflictiva edípica. El

sufrimiento, la tortura, la voluptuosidad de los celos hablan de ella, como así también el efecto de atracción que ejercen y que hacen que el celoso gire incansablemente 'regodeándose' en sus ideas tortuosas.

Más allá de la ideación, sintomática, del celoso están los celos trágicos, inconscientes, cuya manifestación más directa se evidencia en actuaciones. El núcleo común de las mismas es el crimen. En lo que sigue trataremos sobre un caso donde los celos inconscientes tienen un papel importante. En el relato del mismo nos centraremos en ese aspecto del material dejando de lado otros, no menos importantes, tales como el de la culpa inconsciente y su relación con los celos inconscientes con los que está íntimamente entrelazada.

Un caso clínico

Z inicia su tratamiento analítico a raíz de una severa impotencia sexual que padece desde hace varios años. Asocia el comienzo de su

trastorno con el nacimiento de su hijo, señalando que ambos sucesos coincidieron en el tiempo.

Durante el análisis dominaba el tema de su tarea profesional. Z. era periodista y, en las sesiones, encontraba un especial placer en descubrir equivalentes de la impotencia en su actividad laboral. Con el tiempo hizo importantes desarrollos en su profesión que sistemáticamente adjudicaba al éxito del análisis. El analista recibía esos 'elogios' con marcado displacer, sentía que hablaba de otro, que él era un ausente. A la vez que experimentaba él mismo 'la impotencia', no podía 'penetrar' en el análisis de Z. . Al aludir, en oportunidades, al contraste que había entre lo que Z. expresaba de su análisis y lo que sentía y pensaba el analista, Z. se reía. El carácter sádico de esa risa, abordado en diversas ocasiones, parecía permanecer ajeno a la consciencia de Z. . Por otro lado su impotencia sexual, que seguía incólume, no era objeto de su preocupación, salvo en las muy raras ocasiones que intentaba el coito con su mujer o, lo que era más raro, con alguna aventura ocasional, intentos que sistemáticamente fracasaban. En esas

ocasiones sí aparecía el reproche que el análisis nada hacía por su impotencia, que el analista era impotente en su tarea.

Como dato histórico vale consignar que Z. era hijo único; su padre, una figura ligada al delito internacional, abandonó la familia huyendo del país cuando Z. tenía veinte años. A partir de su huida las amenazas de muerte que pesaban sobre él recayeron sobre su familia. Z. y su madre tuvieron que desprenderse de la considerable fortuna que el padre les había dejado, con el fin de verse libres de tales amenazas. Durante muchos años nada supieron del padre, llegaron a darlo por muerto, pero poco antes del nacimiento del hijo de Z. reciben noticias desde un país limítrofe: el padre vivía y al cabo de unos días estaba en Buenos Aires. Con muchos conflictos se reinicia una relación que dura poco tiempo pues durante una discusión con Z. el padre sufre un infarto, es internado y al día siguiente muere.

Durante la ausencia del padre, Z. tuvo que enfrentar las amenazas, la penuria económica que siguió a las mismas y mantener a su madre. Trabajó, se vinculó al periodismo y llegó a casarse. La relación con su

mujer era mala, la describía como una bruja que constantemente lo denigraba y no dejaba pasar ocasión de enrostrarle con sarcasmo su impotencia.

Mientras transcurría el quinto año de análisis conoce a una mujer con la que inicia una relación y con la que vuelve a poder tener vida sexual. Pero esto, que parecía un cambio significativo, desató la tragedia en el análisis. De golpe apareció en Z. una angustia de muerte intolerable acompañada con un cuadro de arritmia cardíaca; consulta a un cardiólogo que aconseja la internación y una medicación a base de beta bloqueantes, medicamentos que como efecto secundario suelen provocar impotencia. A instancias del analista decide 'internarse' en el análisis pasando a tener sesiones diarias y con frecuencia más de una sesión en el día. No llega a tomar la medicación haciendo responsable al analista por esa decisión; lo acusa de haberlo llevado a ese estado y de "estar jugando con su vida". Atravesado por la angustia y sintiendo la muerte como algo inminente confiesa a la mujer su infidelidad. Dada la gravedad de la situación esta confesión no provoca en la mujer

una reacción inmediata. Al cabo de un tiempo el cuadro de angustia cede y en ese momento la mujer le plantea a Z. que ella no puede tolerar la infidelidad; le reprocha que el análisis había provocado esa situación entre ellos y lo conmina a abandonar el tratamiento si quiere continuar con ella. Z. siente que no puede interrumpir el análisis, trata de hablar con la mujer, sin resultado, y se separan. Luego de la separación el clima parece tranquilizarse. Z. vuelve a salir con la amante, relación que había quedado interrumpida durante el desarrollo del cuadro de angustia, se siente bien con ella y comienzan a planear pasar juntos un período de vacaciones. En esas circunstancias se entera que su ex mujer está saliendo con un antiguo novio. Esa noticia, que primero lo sorprende, comienza a excitarlo, quiere averiguar más, arregla un encuentro con ella a partir del cual empiezan a verse, vuelven a tener relaciones sexuales y al poco tiempo ya están viviendo juntos nuevamente. En ese momento Z. interrumpe su análisis acusando al analista de una "falta ética grave" al haber puesto en peligro su matrimonio.

Lo que llamó la atención del analista fue que la resolución de la impotencia desatara en cascada sucesos que desbordaron el análisis.

Era evidente en Z. la intensa fijación a la madre. El vínculo entre ambos fue muy estrecho durante toda la infancia y aún la adolescencia de Z. . Cuando el padre huyó al extranjero, Z. pasó a hacerse cargo de la madre. Hablaba con orgullo de esa época, de cómo pudo enfrentar los problemas, empezar a trabajar y mantener el hogar que compartía con su madre. Ella lo elogiaba, a la vez que criticaba al padre y a la relación que había mantenido con él. Tal como Edipo, 'muerto' el padre, Z. pasó a reinar en el hogar, alejó a los enemigos y resolvió la penuria económica. Hasta que apareció la impotencia. Años después inicia su análisis. Es curioso que durante esos años no realizó ningún tipo de consulta por su impotencia.

Durante una primera etapa del tratamiento las sesiones desplegaban estas escenas de 'la vida familiar'. Z. elogiaba al analista por los logros del análisis tal como la madre elogiaba a Z. . La transferencia homosexual respondía a la estructura que Freud

indicara para ciertos casos de homosexualidad masculina. Así como se sintió amado por la madre, el homosexual, ahora identificado a la madre, busca un objeto que lo represente y al cual amar bajo el mismo modelo. Frente a esos elogios el analista sentía una profunda inquietud; identificado al padre, se sabía excluido, estéril, impotente y el clima que vivenciaba era de una violencia inquietante. La violencia tenía referentes históricos importantes y se mostraba en lo actual de la vivencia del analista, pero en cuanto a la dinámica del tratamiento permanecía bloqueada en la transferencia homosexual. Este bloqueo se reflejaba en la impotencia pertinaz de Z. , y en la que padecía el analista para llevar adelante el análisis.

Fue mucho más tarde, cuando reaparece la potencia, que se desata la violencia. Recordemos que transcurría el quinto año de análisis cuando Z. conoce a una mujer con la que puede volver a tener erecciones. La 'aparición' del pene en estado erecto provocó en Z. un tremendo impacto. Desequilibró las defensas narcisistas del yo dando lugar a un cuadro de angustia agudo acompañado por una arritmia cardíaca. El pene y el corazón estaban hablando, en ellos se

hacía presente un 'aparecido', un objeto fundamental que anunciaba la tragedia. También apareció la 'potencia' del analista, lo que generó un cambio en la transferencia homosexual que dio lugar a un cuadro de angustia, con manifestaciones paranoides e hipocondríacas. Z. , angustiado, sentía que el analista lo estaba acercando a la muerte.

Nota sobre la impotencia

Es interesante señalar de éste caso la relación entre el pene erecto y el corazón por un lado con el narcisismo del yo por otro. Freud decía del yo que es ante todo corporal, y sobre todo la proyección de una superficie. Esta imagen de superficie, bidimensional, ilustra que su 'contenido', tridimensional, es de alguna manera extraño al yo. Hay cierta superficie corporal que responde al yo. El yo puede levantar una pierna, mover un brazo, etc. , pero la erección del pene, como los latidos del corazón, responden a otro amo. La congestión sanguínea que involucra responde a un movimiento ajeno al yo, a algo 'otro' que yo. La excitación sexual pone en juego eso 'otro' que,

en su origen, es amenazante para el yo. Es el poder de la sangre, de la herencia, de los antepasados; es el poder del 'padre'. El poder de lo sexual es ajeno al yo, aunque éste pueda hacerlo suyo. Vale aquí la frase de Goethe, citada por Freud: "lo que de tu padre has heredado tuyo debes hacerlo".

Sabemos que cuando eso 'otro' invade un territorio del yo, éste pierde potestad sobre ese territorio, como ocurre en la histeria ("La perturbación psicógena de la visión según el psicoanálisis"). Un ejemplo universal de esto y que, dentro de ciertos límites, lo consideramos normal es el rubor. Al igual que en la erección hay congestión, pero ésta afecta la superficie del rostro. En el caso del rubor es transparente la incomodidad que invade al yo como sentimiento de vergüenza, y la vergüenza surge cuando se muestra aquello que el yo debía mantener oculto; por extensión se llama "vergüenzas", en cierto lenguaje, a los genitales. También la erección del pene provoca vergüenza si ocurre en un lugar inadecuado, por ejemplo en público, o si no ocurre cuando debería ocurrir. No obstante, la erección del pene, a diferencia del resto de la superficie

corporal, muestra como normal lo que pasa a ser síntoma si afecta otras partes del cuerpo. En la histeria se genitaliza una parte de la superficie del cuerpo, mostrándose así lo oculto bajo la forma de un síntoma. Lo que no es genital se comporta como un genital. Ahora bien, en la impotencia parecería ocurrir un proceso inverso al de la histeria, el genital se comporta como un no genital. Sin embargo algo nos induce a pensar que no hay tanta diferencia y que la particularidad de la impotencia es que lo que se sexualiza, a diferencia y semejanza con la histeria, es el genital mismo. Explicar esto requiere que hagamos cierta especulación sobre los contenidos del acto sexual normal.

Decíamos que la excitación que acompaña a la erección manifiesta algo 'otro' que yo. Desde esa perspectiva, el pene erecto durante el coito es un 'otro'. Presenta 'la potencia del padre' poseyendo a 'la mujer-madre'; son 'fantasmas en celo' que excitan, entre otros contenidos, aquellos de la escena primaria. Estos contenidos tienen el poder del contagio. La excitación se contagia, encendiendo 'el celo'. Por su parte la mujer, durante el acto sexual, recibe el pene,

que en su significado inconsciente es el pene-hijo del padre; es un 'otro' que yo. El coito pone en juego las vicisitudes en la relación con eso 'otro'. Poder dar lugar a la unión sexual implica poder integrar los celos que despierta el hecho de 'ser yo y no ser yo' aquello con lo que goza la mujer. El coito es una relación de dos que sigue a la relación de tres, y las 'memorias' de las alternativas que atravesó la triangularidad son actuales en el coito. En ese sentido la impotencia de Z. dramatiza una escena parricida, el yo mata al 'otro', no hay lugar para los dos, el pene queda 'muerto', se realiza el crimen pasional. Es desde esta perspectiva que podemos decir que la impotencia es manifestación de esta carga sexual primaria sobre el genital, la impotencia síntoma encubre y muestra 'eso' oculto. Recordemos que en Z. la impotencia coincide con el momento en que el padre se hace presente y cuando aparece el hijo. Es el pene-hijo del padre que toma posesión de la mujer desatando los celos pasionales. Es el momento de la discusión violenta con el padre, del infarto y posterior muerte de éste. La impotencia condensa el incesto-parricidio. En la impotencia Z. sigue 'reinando'

junto a la madre, vive ese idilio narcisista, que en el análisis cobra la forma de una transferencia homosexual.

Cuando Z. recupera la potencia el pene erecto es eso 'otro', la aparición del padre repudiado. Tal como cuando aparece el padre, que se creía muerto, estalla la pelea que culmina en el infarto y la muerte, el pene erecto es el 'aparecido' que vuelve a hacer presente la escena trágica. Esta escena, que despliega el crimen pasional, se anuncia en la intensa angustia que pasa a dominar este período de análisis. Tal como el padre se iba a internar, tal como al padre el corazón le anunciaba la muerte. La arritmia cardíaca dramatizaba la alteración del tiempo; recuerdos 'latentes' de otros tiempos volvían a latir en el corazón, el ritmo pasional de la escena del duelo con el padre agitaba esos latidos. La sangre que había vuelto a ingurgitar su pene, también había vuelto a poner en circulación recuerdos sangrientos. El padre, con su potencia, había vuelto a poseer a la madre desatando la pasión de los celos.

El 'celo' y los celos

Esta escena pone en evidencia el origen común del celo -excitación sexual- y los celos. La excitación sexual en el coito implica una escena violenta: aparece la 'potencia del padre poseyendo a la 'mujer-madre'; son 'fantasmas en celo' que instalan la escena primaria contagiando el celo y desatando los celos. 'Sentir celos', en plural y tomado literalmente, es así estar en presencia de estos 'fantasmas en celo'. El celo y los celos excitan la pasión y el crimen se lanza hacia su perpetración; la penetración, los movimientos que impulsan el coito, la agitación de los latidos cardíacos hasta el espasmo final en el orgasmo, la petite mort, hablan de esta escena de duelo que despliega la excitación sexual condensando el celo y los celos. Estos contenidos, faltos de tramitación y disociados del juego erótico, excitaron en Z. la angustia hipocondríaca con sensación de muerte inminente. Los celos pasionales y el crimen concomitante hablaban en el corazón. Esto explica que cuando el cardiólogo, por la gravedad del cuadro, indicó la internación y la administración de beta bloqueantes con su efecto secundario de impotencia, la vivencia del analista fue de celos; se sentía

amenazado de exclusión, de quedar impotente. El análisis de estos contenidos llevó a dejar de lado la internación por el problema cardíaco. Pero de algún modo Z. se 'interna' en el análisis y es entonces el analista el mensajero de la muerte, la escena de duelo pasa a desplegarse entre ambos y Z. lo acusa de haberlo llevado a ese estado. La culpa se hace presente y empieza a haber un culpable, el analista. El cuadro cardíaco cede pero no así la angustia, alimentada por los celos. En ese momento decide confesar a la mujer su infidelidad. El sentido de esa confesión era señalar que había un culpable de 'esa violencia sexual' y ese culpable era otro, el analista. Con la confesión vuelve a ser el de 'los buenos sentimientos', el de 'buen corazón', 'el que no mata a nadie'. A partir de esa actuación la angustia empieza a disiparse. Con la actuación, la escena de celos se traslada de la angustia hipocondríaca a excitar los celos de la mujer -el que celos da celos tiene- y es ahora ella la portavoz de los mismos. Coloca a Z. en la alternativa de elegir: el analista o ella. Se repite dramáticamente la escena del exilio del

padre. Como antes el padre, es ahora el analista el culpable de un delito, de 'una falta ética grave', y debe ser desterrado.

Es interesante señalar que la posibilidad de volver a tener vida sexual con la mujer pasó por otra escena de infidelidad, la de la mujer con su antiguo novio. Esta escena despertó en Z. un estado de excitación en la medida que posibilitó dar a los contenidos homosexuales mayor riqueza de representación. La homosexualidad mantiene un equilibrio narcisista que enmascara la 'herida' de la castración fálica. Por esa 'herida', abierta, es por donde asoman los celos trágicos. La infidelidad de la mujer brinda un elemento que, a la vez que encubre, da mayor representabilidad a la homosexualidad. Es bajo esa condición que los celos pueden excitar el celo. La misma escena, ultracondensada en la angustia hipocondríaca, no pudo desplegarse y elaborarse en el análisis de la transferencia y se 'resolvió' en una actuación, aquella en que la mujer aparece volviendo con su antiguo novio -el padre-, 'novio' al que ahora Z. podía desplazar con su pene. Esta escena recuerda el derecho de pernada de los ritos primitivos que tenían el sentido, de

acuerdo a algunas interpretaciones que se hicieron de los mismos, de favorecer la potencia del marido. También en la clínica es frecuente observar, como en este caso, que cuando la relación de dos está perturbada por contenidos de celos trágicos la tendencia sea provocar la infidelidad del partenaire. Escena ésta que logra darle cierta representabilidad a los celos trágicos. Tal vez éste sea uno de los sentidos de una frase que tantas veces le hemos escuchado comentar a Turjanski: “el celoso cuernos quiere”.